
—NO HAY RELIGION
ELEVADA QUE LA VERDAD—

L
OTO
LANCO

MENSUARIO
TEOSOFICO

MARIO

O XV DICIEMBRE 1931 Núm. 180

EL LOTO BLANCO

Organo de relación entre los teósofos españoles e hispano-americanos

EL LOTO BLANCO se publica mensualmente en cuadernos que forman al año un volumen de cerca 500 páginas.

Precios de suscripción: España, 10 ptas. anuales.
Repúblicas hispano-americanas 12 ptas. anuales o 2 dólares.

Las suscripciones se pagan por adelantado, y en el caso de que los suscriptores no avisen en sentido contrario durante el primer trimestre del año, entenderemos que continua la suscripción.

PARA CORRESPONDENCIA RELACIONADA CON LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACCIÓN, GIROS, ETC. DIRIGIRSE AL APARTADO 954. BARCELONA (ESPAÑA).

Diciembre 1931 Núm. 180

EL LOTO BLANCO



MENSUARIO TEOSÓFICO

Órgano de relación entre los teósofos españoles e hispano-americanos

La responsabilidad de los artículos firmados corresponde a sus autores y a los traductores en las traducciones.	Toda la correspondencia, giros, suscripciones y colaboración al Apartado 954. Barcelona - España.

EL DOCTOR MARIO ROSO DE LUNA, HA MUERTO

El poeta, el místico, el hombre de ciencia y el filósofo, que todo lo compendiaba admirablemente el maestro, ha abandonado este mundo físico.

En prensa este número, apenas si hemos tenido tiempo de sobreponernos al estupor con que la súbita noticia nos ha sobrecogido y al dolor con que la pérdida del amigo y maestro nos ha abrumado.

Para EL LOTO BLANCO y para el Ateneo Teosófico de Madrid, de los que en la actualidad era él el alma, la muerte física de Roso de Luna supone una pérdida irreparable. La Sociedad Teosófica ha perdido en España su elemento más valioso, el trabajador más entusiasta, el corazón más generoso. De él puede decirse que se daba por entero al ideal, como la flor da su aroma a la brisa que lo lleva.

¡Un sol que se apaga! Esta es la más bella frase que puede dedicarse a la personalidad desaparecida. No obstante, la luz de su espíritu no se ha extinguido. Es inmortal. Los hombres solamente se recuerdan por su bondad y por sus obras. Y de ambas ha dejado Roso de Luna una estela luminosa, un ejemplo a seguir.

A aquellos que nos beneficiáramos con conocerle no nos toca llorarle ni vestirle luto. Si su cuerpo desapareció, su obra queda y vano habría sido el esfuerzo abnegado del maestro si la simiente por él lanzada no germinara en el espíritu de los discípulos y dejaran éstos de seguir la ruta por él señalada.

¡Ojalá desde mundos más sutiles continúe mandando su inspiración y sus bendiciones a aquellos que han de continuar su obra!



LA MUERTE DEL MAESTRO

ROSO DE LUNA HA DEJADO ESTE MUNDO

Seguramente era Roso de Luna la inteligencia más enciclopédica que teníamos en España. Su intuición admiraba. Fué el astrónomo que descubrió a simple vista un cometa y varias estrellas; el hombre de ciencia que supo escribir sobre series astroquímicas; el escritor fecundísimo que nos legó más de treinta voluminosas y sabias obras, sin contar la multitud de artículos de periódico; el orador que cautivaba en pocos minutos con su verbo cálido y admirable; el polígrafo completo; el teósofo más insigne de lengua española.

Roso de Luna era el poeta de la ciencia. Volaba por los cielos del ideal con el lastre de su ciencia que garantizaba la firmeza y serenidad de ese vuelo. Nunca se perdió en los aires.

En los últimos tiempos de su vida puso la mayor parte de su voluntad en la creación y desarrollo del Ateneo Teosófico en cuya génesis concurrieron algunos de los detalles ocultistas que siempre acompañaron a don Mario, y cuyo comentario constituía para él grata recreación.

Aunque el Ateneo fué creado en noviembre de 1930, su verdadera constitución espiritual fué la noche, para nosotros iniciática, del solsticio de invierno. Salí por la noche dispuesto a acudir a una cita con dos hermanos nuestros (Calle y Olivares) y al entrar en el recinto convenido ¡oh sorpresa! sentado en muelle asiento, y sin previa advertencia, me encontré cara a cara con nuestro maestro D. Mario en persona.

Aquella noche estábamos en una particular y exaltada disposición de espíritu que aumentó con la audición de un «scherzo» beethoveniano, el preludio y muerte de Iseo, y el triste y delicioso preludio de la Kovantchina, de Mugssorsky que nos reveló entre armonías de seda y pizzicatos que brillaban como plata, el oro puro, tesoro sagrado, del corazón humano, extraído del dolor sublimado. Durante esta audición nos fuimos sintiendo arrastrados poco a poco hacia un estado de conciencia maravilloso que nos hizo olvidar todo dolor del mundo y de la vida... Duró algún rato, tras el cual, el maestro nos indicó que había llegado la hora de salir al exterior.

Pronto nos encontramos de nuevo bajo el puro cielo estrellado

y a un grado bajo cero. Anduvimos un rato y el maestro nos hizo fijarnos en el brillante Júpiter, en Marte (en pleno Afelio, próximo a Leo), y en la bellísima constelación de Orión. A continuación nos hizo constituirnos en Logia, y formamos un pentágono, formulando una promesa con cargo al Ateneo Teosófico y me nombró para organizar conciertos y conferencias musicales.

Tras esta original sesión al aire libre de la noche invernal, formamos una simbólica *Tau* como despedida. El maestro marchó hacia poniente (mirando en dirección a la Casa de Campo) el hermano Calle se dirigió hacia el Oriente (calle Sagasta en dirección a Colón), el hermano Olivares al Mediodía (calle de Fuencarral hacia Puerta del Sol) y yo hacia el Norte (calle de Luchana hacia Santa Engracia), no sin desearnos previamente felicidad en el nuevo ciclo de ascensión solar.

A las tres de la mañana llegamos a nuestras casas, con un camino trazado y un sentimiento de fe y éxito como aurora de los fulgentes destellos de nuestra causa.

Al hacer casi el año de ésto, perdemos a Roso de Luna, cuya muerte va acompañada de otra serie de detalles extraordinarios. Él mismo manifestó que su muerte se iba a adelantar tres años a lo que en un principio pensaba. Cayó enfermo de cuidado sin que por un momento decayera su optimismo, su alegría y su habitual locuacidad. No habló de muerte, pero sí dió algunos consejos por si llegaba el caso. Noté que lo presentía o estaba seguro, pero no quiso afirmarlo, quizá por animar a los demás. Conservó su clara inteligencia hasta unos diez minutos antes de expirar y murió tranquilamente a las doce en punto de la noche, en brazos de nuestra hermana la señora de Baranda y los míos.

Tuvo la bondad inmensa de dedicarme un libro, instituyéndome su heredero espiritual [1] y me confió antes de morir un secreto filosófico que ya pensaba habernos dicho antes, y no se dió lugar por su enfermedad, como también me autorizó para ampliar su obra «Wagner mitólogo y ocultista».

Varias personas percibieron la inminencia de su muerte y no era raro en él tampoco oirle en estos últimos tiempos, cuando escuchaba alguna de nuestras conferencias, la frase de: «Estando ustedes ya puedo yo morir tranquilo». Durante los dos últimos días de su vida se le oía frecuentemente exclamaciones de agrado, en las que expresaba su satisfacción por el tratamiento que se le hacía, diciéndonos: «Me parece estar en un sanatorio oriental».

La muerte de Roso de Luna, ha sido para el que esto escribe,

---

(1) Y no lo pongo por vanidad sino como dato necesario,

una de esas grandes ocasiones en que la vida remueve como un vendabal todos los cimientos de la personalidad. Abrumado por la responsabilidad que sobre mí lanzó su bondad inmensa, por los momentos solemnes en que le serví de médico y enfermero y el más solemne todavía en que recogí su último aliento, mi conciencia no ha valorado aun con claridad mi nueva posición, pero sí puedo afirmar que si como una explosión interna hubiese arrojado de mi alma con vertiginosa velocidad, fórmulas y prejuicios que me ataban, ha cambiado por completo mi manera de sentir problemas fundamentales de la vida y me da la sensación como si un muro se hubiese puesto entre mi vida pasada y la futura. Y en adelante, un horizonte despejado se extiende ante mi vista. He empezado a vivir sin duda el secreto que me confiara en su lecho de muerte, y ahora veo claro como en una estrella puede estar la clave de nuestra vida.

D. Mario, el queridísimo maestro de todos y que sin duda nos inspira desde más luminosos estados de conciencia, me ha hecho un obsequio espiritual al tercer día de su muerte, y con ello me ha libertado de un karma que sobre mi pesaba, y ello será sin duda en beneficio de la Teosofía en España.

DR. EDUARDO ALFONSO

Madrid-Noviembre 1931





EL TIBET Y LA TEOSOFIA

(APUNTES DE UN FILÓSOFO)

Por el Dr. Roso de Luna

XVI

Los exploradores modernos del Tibet

ALEJANDRA DAVID-NEEL

Dejando a un lado otros exploradores del Tibet, aparece ante nuestros ojos como una figura gigantesca, no bien apreciada, la de la señora Alejandra David Neel, de la que ya hemos tenido ocasión de hablar en anteriores epígrafes.

Su obra admirable de investigación viene a completar, desde otro punto de vista, las de Blavatsky y las de Olcott, siendo indispensable para un correcto conocimiento de las doctrinas de la moderna Teosofía. Dichos libros escritos por la intrépida viajera tibetana durante catorce años, están siendo traducidos a todas las lenguas [1].

Las hazañas de esta singular mujer, tan parecida a la maestra Blavatsky, son merecedoras por más de un concepto de especialísima mención. Nadie como entrambas ha hablado más alto y más hondo que ellas acerca del misterio espiritual e histórico del Tibet.

En 1910, con ocasión de hallarse el Dalai-lama o Soberano espiritual del Tibet, desterrado en Kalimpong por una revuelta

(1) Los respectivos títulos de dichos libros son : *Viaje de una parisiense a Lhasa, a pie y mendigando, de la China a la India a través del Tibet.* Ediciones Iberia, Barcelona, 1930.—*Mystiques et magiciens du Thibet,* preface de A. d'Arsonval, de l'*Academie des Sciences et de l'Academie de Médecine,* Le Plou, París, 1923.—*Le modernisme bouddhiste et le Bouddhisme du Bouddha,* Alcau, París; *Les teories individualistes dans la philosophie chinoise,* Giard, París; *Socialisme chinois - La Philosophie Meh-zi et l'idée de la solidarité,* Luzat, Londres.

política contra China y bajo la protección del pabellón inglés [1], Alejandra pasó a visitar a aquel para consultarle acerca de la posibilidad de adentrarse en el «País de las Nieves», cerrado al extranjero, con el fin de «coleccionar elementos para una biblio-

(1) Los extranjeros son los únicos que llaman Dalai Lama («el lama-océano», por la inmensidad de su grandeza espiritual) al soberano del Tibet, título que le fué conferido por un antiguo emperador mogol. Los tibetanos le denominan *Gyalva-zimpotche,* «el precioso conquistador o *jina*». Sólo va al Potala o inmensa acrópolis que corona a Lhasa en las grandes solemnidades, pues que de ordinario mora en su palacio de Norbuling, rodeado de vastos parques y con un lujo imponente en sus estancias de estilo chino, hindú e inglés. Es tal la fe que en él tienen depositada todos los habitantes del Alta Asia, desde Siberia a la India y desde la China al Mar Caspio que el vulgo hasta cree tiene bajo su protección espiritual al propio imperio británico. Pero dicha categoría espiritual la comparte en aquel «tejado del mundo» constituído por la Alta Asia, con el lama *Pentchen-zimpoche* «el precioso sabio de la provincia de Tsang» (vecina a la provincia de U cuya capital es Lhasa), avatar de Eu-pamed, «el Buddha místico de la Luz infinita» y de Subhuti, uno de los principales discípulos del Buddha de Kapilavastu. Habita este último en la enorme lamisería de Trachil-lunapo, cerca de Tigatsé, la segunda población del Tibet, no lejos de la lamisería de Phagri, de una imponente y bárbara suntuosidad y de la de Chorten-Nyima, en la inmensa meseta que se abre una vez traspuesta la frontera con el Nepal y el Sikkim que están ya bajo el protectorado inglés, en una ruta accesible, aunque penosísima, más allá del Everest (8,850 metros de altitud) del Kintchindjinga (8,450 metros) del pico fronterizo de Jongson (7,300 m.). Dicha ruta está hoy cerrada y antes hay que cruzar por puertos como el de Nago (5.460 m.) o los de Kuro y Sepo (5,000 m.) o sea por una altitud mayor que la de Mont Blanc, erizados de retiros de ascetas y de pobres lamiserías como la de Latchén, importantísima, sin embargo, en las expediciones de la autora.

Las simpatías del Trachil-lama por la China antimilitarista le hicieron víctima en 1910 de solapadas persecuciones políticas y a pesar de su «carácter semi-divino» estuvo a punto de ser aprisionado o muerto en las revueltas de entonces, relatándose a este propósito, multitud de leyendas, como la de que al huir hacia lamiserías de la región oriental tales como la de Tchiamdo, patria del reformador Tsong-khapa, había dejado tras si en su palacio un *tulku* o fantasma llenando todas sus habituales funciones hasta verse en seguridad su creador, mientras que otros dicen se fugó sólo el fantasma quedando su creador invisible en su lamisería durante dos años y medio. Estas leyendas reproducen las que los bardos tibetanos cantan relativas a la epopeya análoga del gran rey Guesar de Link, el «mesías guerrero», cuya vuelta, anunciada por varias profecías, para cuando aquella fuga acaeciese, acaso dió margen, con otras análogas de la Sudha Dharma-Mandala, a los recientes mesianismos de ciertos pietistas-teósofos que así continuaron (pese a la «doctrina del Sendero directo» característica de la moderna Teosofía), la eterna leyenda de los «libertadores» con la que de Prometeo y de Jesús acá, se viene consolando en sus dolores el mundo de los vulgares.

teca tibetana, con obras originales que no figurasen en las dos magnas enciclopedias del Khangyur y del Tangyur; hablar con doctos y auténticos lamas, con místicos y adeptos del país reputados como eminentes por sus desconocidas doctrinas esotéricas y convivir, a ser posible, con ellos, penetrando así en un mundo mil veces más exraño aún que las altas e ignotas soledades del Tibet, mundo de los ascetas y magos cuya vida transcurre oculta en los repliegues de las montañas y en las más enhiestas cimas». Tras una mirada profunda que pareció penetrar en lo más hondo de las intenciones de la interlocutora el Dalai respondióla al fin: «Aprended el tibetano. Tendréis un maestro».

Y así lo hizo aquella voluntad viril en cuerpo femenino. Sin perdonar molestias ni sacrificios, aprendió el centenar de formas dialectales de la extensa región tibetana y, asociada al joven lama Yongden, marchó a la China, para desde allí retornar a la India cruzando de Este a Oeste todo el país, tras una estancia previa en aquella parte meridional del Tibet que colinda con el Nepal y el Sikkim, bajo el pretexto de la visita al Dalai, estancia de la que nos vamos ahora a ocupar, porque es más o menos, la repetición de ciertos hechos ocultistas que constituyen «los preliminares de la Iniciación» para todos aquellos valientes que ponen por primera vez el pie en el Sendero, es decir, «las pruebas del candidato a la Liberación».

El lector positivista, pues, haría bien en no leer lo que sigue porque nos vamos a ver obligados a dar por ciertos determinados fenómenos y leyes ocultas que no encajan en el *marco oficial* de la observación y de la experiencia, a no ser que el interesado en esclarecerlo reuna las condiciones de progreso espiritual necesarias al efecto y una vez dotado de éstas, realice por sí mismo la experiencia como, sin darse de ello una perfecta cuenta, la realizara Alejandra, fracasando en parte como vamos a ver.

En las primeras páginas de *Místicos y Mayas del Tibet* nos cuenta la intrépida parisiense que una vez realizada su visita al Dalai-lama en Kalimpong y recibida de él la bendición con aquellas palabras alentadoras de «si quieres penetrar en el Tibet, aprende el tibetano», hubo de reparar, un tanto apartada de la multitud de los fieles venidos de los confines más remotos, en un individuo extraño, sentado al modo hindú y cuya emborrascada cabellera desbordaba bajo un amplio turbante a la manera de los ascetas, si bien llevaba un hábito monástico descuidado y lleno de girones. Miraba el personaje a la multitud con una indiferencia algo burlona. Ella preguntó a su intérprete quien podría ser aquel Diógenes himaláyico, a lo que aquel respondió que debía ser un *naldjorpa* bhutaní, o sea «un hombre de los que han alcan-

zado ya la serenidad perfecta», uno de esos peripatéticos peregrinos solitarios, morador nómada ora de las cabernas más agrestes, ora de los edificios abandonados y que se hallaban allí meramente de paso. Extrañóle todo esto a Alejandra en alto grado y fuése tras de él con el intéprete, hasta llegar a su retiro.

Allí encontró de nuevo al naldjorpa acabando de comer. Al atento saludo apenas si contestó con un gruñido. «¿Qué dice?», interrogó Alejandra al intérprete, y éste contestó: «Perdonad, señora, estas gentes son a veces tan rudas de lenguaje...» —«Decídmelo, sea lo que fuere». —«Pues dice, simplemente, «¿qué viene a hacer aquí esta idiota?» —«Indicadle que he venido para preguntarle por qué se burlaba de aquellos que habían ido a que él, gran Lama, los bendijese». «Bien infatuados de sus importantes personalidades y del importantísimo papel que llenan—mascullô el asceta—no son sino gusanos que se agitan en la basura».

«Y vos—replicó Alejandra, —¿estáis salvo de tamaña porquería?»—«Tratar no más que de evitarla, es ensuciarse más profundamente... Yo me debato en ella como el cerdo: la digiero y la trasmuto en polvo de oro y en arroyos de pura linfa... Hacer estrellas con excremento de perro, ¡he aquí la magna obra!». «Mi interlocutor, por lo visto—comenta trivialmente y con incomprensión notoria Alejandra—gustaba decididamente de las comparaciones escotológicas, como el mejor camino para llegar a ser un superhombre». Luego dijo el asceta: —«Estos piadosos laicos tienen razón para aprovechar la presencia del Dalai, pues son simples buenas gentes que quieren recibir su bendición ya que su espíritu aún no puede elevarse a las altas concepciones filosóficas».

—«Para que una bendición sea eficaz—interrumpió el naldjorpa—es preciso que el que la dé posea en sí una fuerza capaz de ser comunicada y esta fuerza puede ser empleada de multitud de modos. Ahora bien, si Dalai o sea «el Precioso Protector» la posee, ¿por qué tiene necesidad de soldados para combatir a los chinos u otros enemigos? ¿No puede él rechazar por sí propio fuera del Tibet a cuantos le desagraden rodeando al país de una barrera invisible e infranqueable? «El Gurú nacido en el Loto» (Padmashambhava) sí poseía semejante poder, y su bendición alcanza realmente a todos sus devotos, aun hoy mismo en que mora entre los lejanos Rakshasas. Yo no soy sino un humilde discípulo suyo y por tanto...»

«El intérprete, añade Alejandra, se sentía muy desasosegado, pero antes de separarnos del asceta, le ofrecimos algunas rupías para provisiones en su camino, monedas que él rechazó diciendo no necesitarlas, más como el intérprete insistiese en dárselas avanzando hacia aquél, se echó de repente las manos sobre la

boca del estómago, donde, a decir yo, había recibido un tremendo puñetazo *astral*, repulsa un tanto ruda del extraño asceta, por lo que lleno de terror, se echó hacia atrás. Yo—termina comentando con frivolidad parisina Alejandra—, he creído siempre que se trataba de un desequilibrado».

Y aquí estuvo precisamente, dicho en términos del mayor respeto, su error y su fracaso ocultista; si, por el contrario, se hubiese dado cuenta perfecta de la «significación iniciática de la entrevista», habríale sido franqueada en el acto la entrada en el Tibet como a tantos otros de los que las crónicas occidentales no hacen la menor mención, es decir, «habría encontrado a su Maestro», como le encontró Jesús, al decir del Evangelio apócrifo de la *Pistis-Sophia;* o Mateo al cruzar ante él Jesús, o Pablo, camino de Damasco, o, en fin, tantos otros bien intencionados y férvidos discípulos, con arreglo al aforismo ocultista de que, cuando el Discípulo está pronto, el Maestro no falta jamás, cosa bien probada por cuantos, sin la suficiente preparación quizá muchos de ellos (1), han dado de buena fe y con candor de niños (el «¡dejad que se acerquen a mí los niños!» o bien el «no entrarás en el Reino del Padre si como niño no fueses», del Evangelio), los primeros y vacilantes pasos del Sendero.

---

(1) Salvando las diferencias propias de nuestra insignificancia y sólo por obligado homenaje a la verdad, recordemos algo semejante ocurrido a nosotros y que va relatado en el epígrafe «Varios fenómenos psíquicos de mi vida» de nuestro libro *En el umbral del Misterio*. Relatos análogos llevamos también oídos de otras personas que nos merecen entero crédito y el hecho sería más conocido si muchos no lo reservasen por diferentes razones. (Véase también las *Cartas que me han ayudado* de Jasper Niemermand).





MÍSTICA Y MEDICINA[1]

Por ROBERTO ASSAGIOLI.

MUCHOS sabios positivistas, entre los cuales sólo mencionaré a Murisier, Binet-Sauplé, Portigliotti y, recientemente, a algunos representantes de la escuela psico-analítica, han «creído» explicar los fenómenos místicos considerándolos nada más que como manifestaciones mórbidas. Partiendo del hecho indudable y cierto de que un buen número de místicos sufrieron en su tiempo trastornos nerviosos, estos sabios dedujeron de ello que toda su actividad mística no fué otra cosa que el resultado de su enfermedad.

No es por cierto necesario que me esfuerce en destruir esta grosera concepción que da pruebas de una incomprensión completa de lo que la experiencia mística puede ser. Mas, teniendo en cuenta que en el público y sobretodo entre los médicos y los psicoanalistas, este error se halla todavía muy extendido, no juzgo inútil repetir nuevamente, en mi calidad de médico, que la constatación de los síntomas de una enfermedad en un ser humano, no nos autoriza de ninguna manera para despreciar aquellas experiencias espirituales.

Hace algunos años tuve ocasión de escribir: «el valor intelectual y moral de una personalidad es totalmente independiente de los síntomas que pueda revelar y que pueda tener en común con otras personalidades inferiores o realmente degeneradas».

«Si es cierto que santa Teresa, santa Catalina de Gênes y tantas otras religiosas de alma verdaderamente noble fueron más o menos histéricas, ésto no puede en absoluto hacer menguar nuestra admiración por sus dones espirituales; lo que hace falta, por el contrario, es modificar nuestra opinión sobre las histéricas. El hecho de que san Francisco tuviera—según se ha llegado a afirmar—«estigmas somáticos de degeneración», no disminuye nuestra veneración hacia el «Poverello» de Asís, antes al contrario, nos demuestra que estos estigmatismos no son siempre un signo de degeneración, como se ha dicho con tanta frecuencia, y por lo mismo puede que lleguemos a modificar nuestro concepto

(1) Comunicación leída ante el «Cuarto Congreso Místico». Florencia, enero, 1925.

sobre la degeneración. Si fué cierto, en fin (como pretende haberlo demostrado un médico francés) que Jesús, este ideal sublime de la humanidad, fué un loco, llegaríamos a la siguiente conclusión: que la locura sería quizá infinitamente superior a la sabiduría de los tipos normales, comprendiendo entre ellos a los psiquiatras».

Por otra parte, incluso uno de los positivistas más en boga en el siglo pasado, Max Nordau, comprendió lo grosero del error que consistía en querer considerar las manifestaciones superiores del espíritu como fenómenos mórbidos. Nordau, repudiando la teoría de su maestro Lombroso, dijo en una frase feliz, que es tan injustificado afirmar que «el genio es una neurosis», como lo sería sostener que el atletismo es una enfermedad cardíaca por el hecho de que muchos atletas sufren del corazón» [1]. Esta comparación pone de relieve las verdaderas relaciones entre la mística y la enfermedad. Los trastornos nerviosos y psíquicos de los místicos, cuando no se reducen a una simple concomitancia accidental, representan cuando más un efecto, una repercusión orgánica de su intensa vida espiritual, precisamente por la misma razón que los trastornos cardíacos de los atletas no son más que el efecto de sus violentos esfuerzos musculares.

La vida mística con sus fases y sus «puntos críticos», con sus imperiosas exigencias y las experiencias excepcionales que se derivan de ella, pone, en verdad, a dura prueba la resistencia nerviosa y psíquica del individuo. Ya en el estado que podría llamarse pre-místico, durante el período que precede al despertar del alma, constátanse a menudo desequilibrios debidos a la fuerte tensión interior provocada por la lucha entre la atracción del espíritu y la obstinada resistencia de la personalidad. Se saca en este estado, con frecuencia, una primera experiencia espiritual de orden negativo: se siente la no substancialidad, la irrealidad, la poca importancia y valor del mundo fenoménico y de nuestra propia personalidad empírica. Esta experiencia puede parecer, cuando no se somete a un examen puramente exterior, semejante al estado de despersonalización, de pérdida del sentido de la realidad de que sufren los psicasténicos. No obstante, su sentido y su importancia son muy diferentes: en el primer caso, se trata de un estado transitorio que conduce a una vida más amplia y más rica; en el otro caso, de la pérdida de las facultades normales sin ningún beneficio que le corresponda.

El despertar y la iluminación del alma que, desde el punto de vista psicológico, pueden considerarse como la irrupción y afluencia de un poderoso surgir de la vida espiritual en la personalidad

(1) Th. Ribot, *Imagination créatrice*, pag. 118.

habitual, provocan fácilmente trastornos nerviosos pasajeros. Puede que el cuerpo sea impotente para resistir este flujo de fuerza; que el espíritu no esté preparado para recibir la armoniosa asimilación de la nueva conciencia. A menudo es necesario un período de consolidación complejo. Pero ésto no hace más que revelar la debilidad del «viejo Adán» y no debiera ser imputado al «nuevo Cristo».

Durante la etapa de la purificación activa, que es el período ascético de la vida mística, pueden igualmente manifestarse síntomas mórbidos, sobretodo si dicha purificación se realiza de una manera demasiado violenta y si, en lugar de esforzarse por transformar y sublimar sus propias energías instintivas y afectivas, el místico emplea el pésimo método del repliegue en su subconsciente.

Luego, viene el misterioso estado de la «noche obscura del alma», la «purificación pasiva», en el curso de la cual la conciencia del místico pasa por una nueva y más radical experiencia negativa. En ella tiene lugar realmente la muerte de su antigua personalidad, de Adán—condición necesaria para su resurrección en el Cristo. Yo creo que en esta muerte mística el sufrimiento humano alcanza su máximo de intensidad; es un tormento inexpresable, la verdadera agonía consciente. ¿Puede sorprendernos que en el curso de una experiencia tan cruel y que puede ser a veces de larga duración, la salud se resienta y que tengan que constatarse síntomas análogos a los que se descubren en la enfermedad que los psiquiatras llaman «melancolía»? Aún en este caso, las concomitancias patológicas no quitan nada a la realidad y al valor de la experiencia espiritual. Yo creería antes lo contrario; he podido constatar en efecto, que en ciertos casos llamados «melancolía», cuando los mismos enfermos creían que se trataba solamente de una enfermedad, estaba a punto de producirse en ellos un profundo trastorno espiritual.

Saber distinguir las verdaderas relaciones entre la Mística y la enfermedad nos permitirá eliminar un gran número de incomprensiones y malas inteligencias y también graves errores cometidos tan pronto por los médicos como por los mismos místicos. Los primeros podrán aprender a respetar y comprender la vida espiritual de sus enfermos, favorecer en ellos el desenvolvimiento equilibrado, en lugar de denigrarlo o obstaculizarlo como demasiado han hecho hasta aquí. Los místicos, por su parte, al conocer previamente la naturaleza y significado de los trastornos susceptibles de producirse en ellos, se guardarán de inquietarse en demasía, sin considerarlos por entero, como ocurre a veces, como signos de superioridad o pruebas divinas. Reconocerán que no

son más que debilidades e imperfecciones de una naturaleza humana que todavía no ha llegado a ser un instrumento dócil al espíritu; por lo tanto, procurarán eliminarlas y aspirarán a la salud perfecta. Esta actitud respecto de la enfermedad constituye uno de los puntos más importantes para establecer la diferencia entre la antigua Mística (por lo menos la mística occidental y cristiana) y la de nuestros tiempos. El espíritu de ascetismo exagerado, la sed de sufrimiento, de sacrificio, de humillación; la actitud hostil hacia el cuerpo, la sumisión pasiva, todo esto ha contribuído a que numerosos místicos del pasado no solamente no aspiraron jamás a libertarse de sus dolencias físicas, sino que por el contrario las aceptaron con alegría y casi las cultivaron, no viendo en ellas sino un medio para purificarse. Si debemos admirar el valor, la generosidad y el amor que les permitió transmutar en fuerza su debilidad, en un peldaño tal obstáculo, debemos igualmente reconocer que su actitud se basaba en prejuicios, en conceptos limitados y faltos del sentido de lo justo.

Según la nueva mística, el cuerpo no es el enemigo del espíritu, sino que debe convertirse en su instrumento precioso, su templo, su servidor más fiel. El ascetismo, el sufrimiento, el sacrificio no son un fin en ellos mismos; no tienen valor absoluto, y sí son valores y medios relativos. La enfermedad no confiere méritos a ningún ser; es una imperfección, cuando no es la consecuencia de culpas propias o ajenas.

Además, la nueva Mística es menos revolucionaria sobre muchos extremos de lo que a primera vista parece: lo mismo que ocurre con todas las renovaciones, pasa con ella. Constituye un retorno a las fuentes primordiales; podría decirse que más que original, es «originaria». Creemos en efecto que la actitud de Jesús en lo que respecta a la salud es más conforme a lo que afirmamos aquí, que a la actitud de muchos místicos del pasado. Y Jesús (quizá no sería necesario decirlo aquí, mas, toda vez que hay personas que lo niegan, será oportuno afirmarlo nuevamente), Jesús fué un verdadero, un grande, un perfecto místico. Por otra parte, en Jesús no encontramos ningún culto de la enfermedad, ningún ascetismo. La tradición no nos habla de ninguna de sus imperfecciones físicas, de ninguna enfermedad; las crisis profundas que atravesara en muchas ocasiones—de las tentaciones del desierto a los sufrimientos del huerto de Jethsemani—si fueron lo bastante fuertes para arrancarle sudor de sangre, no tuvieron, en cambio, el poder de causar a su cuerpo ningún trastorno duradero. Nos sería realmente difícil concebir un Jesús enfermo, un Jesús soportando pasivamente los tormentos físicos. Los Evangelios, por el contrario, nos Lo describen fuerte, capaz de duros trabajos,

pero igualmente pronto a descansar, a reconstituirse en la soledad y en la plegaria. No solamente nos Lo representan *sano*, sí que también *capaz de curar*.

En todos los tiempos los hombres han buscado la ayuda de las fuerzas espirituales, de los poderes y de los seres invisibles para curarse de sus males físicos. En los templos de Egipto y de Grecia, lo mismo en Memfis, que en el templo de Asclepios y en otras partes, se empleaba el método de la «incubación», es decir, el sueño en el templo, durante el cual el enfermo tenía visiones bienhechoras que le permitían despertarse completamente curado. Lo mismo en todas las civilizaciones que en todas las religiones, los que observaban una vida mística adquirían, una vez llegados a cierto grado de desarrollo espiritual, el poder de curar que aplicaban en favor de la humanidad doliente. Jesús, en su mensaje a Juan, para darle la prueba de que Él era realmente el Mesías esperado, revela precisamente ese poder curativo. Dice en efecto, (Lucas VII, 22): «Id, y decid a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos se purifican, los sordos oyen, los muertos resucitan y el Evangelio es anunciado a los pobres». A los doce discípulos les confiere el poder de curar todos los males y les da la misión de ejercitarlo: «Y habiendo llamado ante Sí a sus doce discípulos, les dió todo poder sobre los espíritus impuros a fin de ahuyentarlos y la facultad de curar todas las debilidades y enfermedades». Y añade: «Devolved la salud a los enfermos, resucitad a los muertos, purificad a los leprosos, expulsad los demonios, dad pródigamente lo que con prodigalidad se os confiere». (Mateo X, 1, 8).

La Epístola de Jaime nos prueba que en el Cristianismo primitivo se recurría a la plegaria y a la unción con el propósito de obtener una curación y que, por consiguiente, el Sacramento de la Extrema Unción tenía, en su origen, una finalidad terapéutica. «¿Hay algún enfermo entre vosotros? Que llame a los ancianos de la Iglesia a fin de que rueguen por él, y dejen su cuerpo ungido de aceite en nombre del Señor; y la plegaria de la fe salvará al enfermo y el Señor le aliviará». (V. 14, 15).

Más tarde, la preponderancia de la tendencia ascética debilitó e hizo casi perder aquella tradición, de suerte que esta esencial función sacerdotal y mística ha sido, hasta nuestros días, singularmente olvidada. Sin embargo, desde hace algunos lustros, asistimos a una rápida y vigorosa floración de métodos de curación espiritual y mística, sobretodo en América e Inglaterra, bajo la dirección de diferentes movimientos libres u organizados. El más característico y difundido es el de la *Christian Science* fundado por Mary B. Eddy. Otro movimiento igualmente importante en

América, es el «Unity» el centro del cual se halla en Kansas City. Recientemente, hase dibujado en el seno de la Iglesia Anglicana un retorno muy marcado a los antiguos métodos de terapéutica: imposición de manos, unciones, plegarias, misiones curativas, etc.

* * *

La terapéutica espiritual levanta numerosos e importantes problemas difíciles de resolver:

¿En qué consiste realmente el poder curativo?

¿Cómo se alcanza?

¿Qué papel juega la actitud del enfermo?

¿En qué consiste verdaderamente la *fe* necesaria, sea en el médico sea en el paciente?

¿Cuáles son las diferencias y las relaciones en psicoterapia y terapéutica espiritual?

No tengo intención de empezar el examen de estas cuestiones. He querido solamente enumerarlas aquí, a fin de incitar a los que se ocupan de Mística a no desdeñar uno de sus aspectos más importantes. Y para invitar a los médicos que principian apenas hoy día a acoger con desconfianza y reserva la Psicoterapia a no dejar demasiado por descartado el actual despertar espiritual y a que reconozcan el valor del más noble y más precioso de los métodos curativos.

Expreso con optimismo la esperanza y el voto porque las relaciones entre la Mística y la Medicina se hagan más estrechas, comprensivas y armónicas. De esta armonía dimanarán grandes beneficios para los místicos, para los médicos y—lo que es más importante—para la pobre humanidad sufriente.

Trad. de E. Fusalba.





Lhasa, la Ciudad de los Dioses

Por la más frecuentada senda de Gyang-tsé y de Chushul, por breves etapas, llegamos a la Ciudad Santa. Ningún accidente nos sobrevino durante el camino y con el auxilio de los monjes que me acompañaban atravesé con facilidad los lugares peligrosos.

Sobre una barca rústica y groseramente rectangular atravesamos el Brahmaputra y llegamos hasta Chushul donde, merced a nuestra calidad de Lamas, gozamos de los mejores departamentos en la hospedería de la villa.

Parece como si nadie se fijara en mi desde mi llegada al Thibet. Nos detuvimos en los monasterios, a lo largo de nuestro camino y rendí homenaje, junto con los otros Lamas, al Umzé y a los santos protectores de cada lugar. Sin embargo, siento que se me observa atentamente y que detrás de mi se halla un monje inspeccionando mis posibles flaquezas.

Eso no me molesta lo más mínimo. Me transformo lentamente en asiático. Veo, pienso, medito como un monje tibetano. He adquirido sus costumbres, me hallo identificado con sus emociones religiosas y comparto con ellos la misteriosa fiebre de lo incognoscible y el sagrado temor de los dioses que presiento cada vez más y más reales en torno de mi; conozco los genios de las aguas, de las montañas, las deidades de los bosques y he aprendido los ritos para gobernarlos, calmarlos o excitarlos. Siento al mismo tiempo este desprecio de la actividad estéril de las cosas de aquí abajo y adquiero frente a ellas esta impasibilidad de los sabios del Asia que saben valorar todas las cosas clasificándolas de una manera definitiva en su justo valer.....

Recorremos el valle sagrado del río central, el Kyi-Chu. La garganta se estrecha sobre la senda rocosa ensanchándose más allá hasta los contrafuertes que dominan Lhassa. A la izquierda hemos abandonado el monasterio de Drepong, el más habitado de la tierra, con su ciudad, su ejército y sus doce mil monjes.

Nos acercamos a la Ciudad Santa y empezamos a murmurar las plegarias, porque todo aquí es sagrado, el suelo, el aire, el agua, las piedras.

La ciudad, invisible aún, irradia ya en torno de nosotros, sobre los bajorrelieves esculpidos en la roca y ante los cuales aparecen

ofrendas y telas de colores. Irradia sobre los inmensos Mani grabados en letras enormes sobre las rojizas peñas y, en fin, sobre la Ciudad Santa, en los enhiestos pensadores y las luengas oriflamas amarillas y rojas que ondean al viento impetuoso de la tarde, barriendo la inmensa planicie del Asia Central.

Todo canta la presencia sagrada de los santos y de los dioses que residen allá, tras las montañas violadas, en la grande ciudad del Asia, la Veneranda entre todas las ciudades y todos los santuarios.....

Después, súbitamente, en el deslumbramiento de la ardiente lumbre del sol de oriente, apréciase un chispear lejano en una masa ocarina y grisácea; es la dorada cúpula de Potala, la sacratísima residencia del Daleh-Lama. Allí mora el representante espiritual de la más elevada doctrina y del más poderoso esoterismo por mi conocido. El que tras estos muros mora, posee poderes de los que he entrevisto ya las espantables posibilidades.

Y sé también que existen otros misterios, otras cosas ocultas más terribles aún que no son reveladas más que a los viejos Lamas llegados al umbral de la muerte.....

¡Lhassa! ¡Ciudad de los monasterios, emporio de la plegaria, refugio de los Dioses de la tierra, morada de los Budas encarnados! Los que allí residen son los liberados, los Arhats, que han alcanzado a cuanto humanamente puede llegar el hombre. Poseen un conocimiento de las leyes de la Naturaleza que les legaron razas y continentes desaparecidos, que imprime a todo un sello superhumano. Les revelaron su ciencia Seres que no pertenecen a nuestro mundo y conservan de ella temibles misterios en sus archivos secretos.

Siento todo eso con profunda emoción religiosa. Hago como los demás compañeros de viaje que se inclinan ante esta primera visión de la Ciudad Santa con actitud de unción y de hondo respeto. He alcanzado el primer objeto de mi viaje porque me hallo por fin en la morada de los sabios de la tierra, de Aquellos que han penetrado los misterios de la vida y de la muerte.....

. . . .

La enseñanza lamáica tiene efecto mediante la tradición oral basada en los textos sagrados. Síguese esta enseñanza en los monasterios, «los templos sin puertas» como se les llama en la China Occidental.

Sobre los flancos de Potala existen numerosos monasterios en cuyo frente se halla un Lama como jefe de la escuela filosófica y de un grupo más o menos importante de novicios.

Sigo las instrucciones del viejo Lama designado para guiarme.

Esta enseñanza es totalmente distinta de la que generalmente se observa en Occidente. Según sea la calidad de los auditores, las instrucciones del Lama son más o menos completas, aumentando o fragmentando la glosa de los textos y ciertas fórmulas de meditación y de doctrina no se transmiten más que verbalmente al oído, en solitarios lugares.

Continúa para mi la lenta labor de transformación mental. Me entromezco entre el grupo de los discípulos de mi Lama, grupo llamado «Corazón del Compasivo Buda» porque tal es uno de los temas favoritos de nuestro Maestro. No ha lugar aquí fenómeno alguno de magia ni de Yoga. Ejercicios espirituales, meditaciones sobre los símbolos y los textos chinos que pulen cada vez más la mente de los discípulos. He aquí nuestros cotidianos ejercicios.

Una de nuestras lecciones consiste, por ejemplo, en comentar un libro sagrado, un Upanishad traducido en tibetano. Dice el texto aproximadamente: «Aquel que diga «Soy Brahma» se convierte en Aquel. Obedécenle los mismos Dioses y le protegen para que no desaparezca, porque tal individuo es su propia substancia, su misma alma..... Pero aquel que adorando una Divinidad declarare: «Esta Deidad reside en lo alto, yo resido aquí abajo», éste en verdad nada sabe. Es a manera del ganado nutrido y cebado para los Dioses. Tal persona, tal adorador, nutre a su Dios. No placería a los Dioses que un animal fuera arrebatado de su rebaño. ¿Qué ocurriría si así aconteciera para todos? He aquí porqué no es agradable a los Dioses que los hombres conozcan ésto.....»

Y magistralmente el Lama nos interpreta el texto. Descríbenos a los Dioses de la naturaleza, su misión y poderío; a los genios de los volcanes y de los terremotos, de las estaciones, de los astros y de los rios y de toda índole de cataclismos naturales. Aportan ellos el rayo y ejecutan sus raros efectos. Son los demonios del fuego central de la tierra. Estos Dioses someten a los hombres mediante el terror y éstos, en su ignorancia, les llaman el ciego destino de las leyes naturales.

Nos habla luego de los Dioses lares, dioses individuales, obsesores o animadores de profetas que crean las místicas corrientes de la humanidad. Estos son los dioses de presa, seres que viven de la sangre del alma de quienes les adoran y de quienes se les consagran. Los panteones asiáticos se hallan repletos de estos Dioses que son los ídolos de las masas. Procúranles éstas el alimento, tanto por su fervor como por sus ofrendas. Y esto es necesario todavía porque tales fuerzas, de este modo canalizadas se convierten en poderosas armas en las manos de los que acertadamente las dirigen. Y yo he aprendido de este modo a dominar a los dioses,

a todos aquellos dioses que sujetan el alma de los pueblos y que esconden, bajo uniones imposibles y místicos ardores, un vampirismo espantable. Los dioses todos viven de nuestra fuerza y el Yogui, el Liberado, debe comenzar por deshacerse de esta sujeción titánica.....

Y las palabras graves continúan, descubriendo terribles misterios..... Se me ha dicho que los ascetas, los Yoguis, no conocen el secreto de la existencia de los dioses porque es éste un arcano que sólo los Maestros tibetanos comunican al reducido círculo de sus discípulos elegidos.

Alguna vez, después de una jornada de estudio, mi Maestro me toma con él entablando conmigo una plática privada. Descendemos la colina de Potala y erramos un poco a la ventura, entre el boscaje de los inmensos parques que rodean la Ciudad de los Monasterios. Entonces, de manera más íntima, el sabio Lama me instruye acerca de la Ciencia eterna. Como un padre muestra la vida de los antepasados de su familia, cuéntame él a menudo la leyenda y la vida de los antiguos Lamas, los Maestros venerandos. Lao-tseu abandonando la China al declive de su vida y remitiendo al oficial de la frontera su postrer mensaje antes de recluirse en uno de los solitarios monasterios del alto Thibet oriental, patria del espíritu para quienes escalan la montaña de la Ciencia Sacra. Fuéronlo también estos desconocidos antepasados que puédense identificar con los misioneros nestorianos de los primitivos tiempos que vinieron sin duda a aportar algunas de sus doctrinas al Thibet. Estos misioneros son los Sabios de nariz recta y blanca piel, de los que algunos templos han conservado las estatuas, y, según parece, sus escritos. Y son, en fin, los enviados de la India, estos vagabundos budistas, Padma Sambhava, Thonmi Sambhota, Shanta Rakchita hasta el divino Tsong-ka-pa, el reformador, el inspirado del Cielo.

Mediante el ejemplo de estos sabios, me indica mi Lama la senda a seguir, el camino del Renunciamiento y de la divina Paz. Porque me hallo ahora en el período de realización de todo cuanto he aprendido desde mi llegada al Thibet.

Experimento un fenómeno que me ha sido confirmado después: cuantas personas se aproximan a un ser espiritual llegado a la iluminación, aunque se trate de individuos indiferentes o groseros, los menos evolucionados en el sendero del Espíritu, sienten la fuerza divina, el poder que irradia del Lama y se mejoran temporalmente unas veces y permanentemente otras. Porque dentro del fuego radiante del Iniciado, al contacto poderoso de su espiritualidad, el alma más grosera irradia a su vez, como arde el metal frío en la ígnea fragua.

Así los discípulos del Lama bienhechor meditan, comprenden y adelantan sobre el angosto sendero.

Existe, a través del mundo, una secreta correspondencia de símbolos y de enseñanzas esotéricas. Y recuerdo los centros iniciáticos árabes, chinos y, particularmente, los taoistas. Son las mismas formas de meditar la Senda del Ser en el Invariable Medio. Es la misma tradición primitiva que irradia todavía sobre el Asia y cuya Luz se mantiene cuidadosamente en los centros espirituales de la China, del Thibet y de la India.

J. MARQUÉS-RIVIÈRE

(Trad. de «A l'Ombre des Monastères Thibetains», por P. M. M.)

LA MISION CREADORA

Por G. CHEVRIER

AL principio de su libro *La Genealogía del Hombre,* la Sra. Besant, hablando de las grandes Jerarquías Espirituales, especifica que se trata de Jerarquías *Creadoras,* y dice que la cuarta es la nuestra, «*la Jerarquía de las Mónadas humanas que todavía no han abandonado el seno de su Padre Celeste*»...

Por otra parte la misión creadora de la humanidad está explícitamente contenida en los siguientes párrafos de la obra «*Estudio sobre la Conciencia*» también de la autora antes citada.

«*Cierto número de Mónadas, deseosas de vivir entre las limitaciones del quíntuple universo, con el fin de aprender el dominio de la materia y crear a su tiempo otros universos, descienden a éste para convertirse en un Dios en acción, un Arbol de Vida, un Manantial de Ser*».

* * *

De estos datos se deducen inmediatamente las siguientes consecuencias :

El Principio más elevado de nuestra individualidad es una Potencia Creadora.

El Ser Divino en quien esta potencia está individualizada es un Creador. Es un Creador por origen y por destino:

Por origen, como perteneciente a la 4.ª de las grandes Jerarquías Creadoras que constituyen la colectividad de Agentes por el intermedio de los cuales la Voluntad Divina se realiza en Creación.

Por destino, ya que la única razón de su descenso en la materia y de su paso sucesivo a través de los estados y de las formas de la manifestación, es adquirir el conocimiento que, sometiendo a su dominio las fuerzas naturales, hará de él un Colaborador a la Obra de Creación.

Tal es el motivo final de nuestra evolución individual, y el reino humano constituye el punto singular en donde empieza la transformación que, de la criatura—sujeto pasivo de la evolución—hará un Creador—agente consciente de esta evolución.

Pero antes de que la potencia creadora, actualmente contenida en los límites de la individualidad, pueda franquear estos límites e irradiando al exterior ayudar a la evolución de los seres y de los reinos inferiores, han de transcurrir muchos milenios. Verosímilmente a la 7.ª Raza le está reservado el contenido normal de este poder, mientras que su pleno desarrollo no será obtenido hasta el transcurso de la 7.ª Ronda del manvántara planetario.

En la actualidad el proceso creador sólo se efectua *en* el hombre. Sus actividades exteriores—aún que accionadas y guiadas por el instinto de su misión creadora—no producen más que creaciones artificiales, representaciones, y su trabajo se limita, en definitiva, a una serie de ejercicios por medio de los cuales la humanidad aprende a manejar la forma, para utilizar un día en cumplimiento de los fines de la Vida Creadora el conocimiento de su manejo adquirido de esta suerte. Es así que el niño aprende a distinguir los caracteres del alfabeto y a reproducirlos, antes que utilizarlos para la expresión de su pensamiento. Las obras más geniales no son, en realidad, más que las imágenes, proyectadas exteriormente, de un trabajo *interno;* no constituyen un trabajo de creación *externo;* son proyecciones de imágenes, no proyecciones de vida.

En materia de conocimiento, como en materia de realización, nuestras facultades actuales son restringidas al dominio de la forma; es decir, se detienen en el exterior de las cosas. Estas facultades proceden de Manas, que es el agente que informa la creación, y cuyo desarrollo es la labor asignada a la 5.ª Raza Raiz. El dominio de la Vida es abierto por Buddhi, que es la *percepción directa* por donde la Realidad se revela a nuestra conciencia, sin interposición de imágenes mentales; la única fuente de

Conocimiento—en el *verdadero* sentido de la palabra—y de un Conocimiento que es, al mismo tiempo, Amor. Ya que Amor es unión, Conocimiento es unión; sólo hay conocimiento perfecto donde la unión es absoluta, y donde la unión es absoluta, el amor es perfecto.

«Antes de poder aproximarte a la primera puerta, debes aprender a separar tu cuerpo de tu mental, a disipar las sombras y a vivir en lo eterno. A este fin, has de vivir y respirar en todo, como todo lo que percibes respira en ti; sentir que tu resides en todas las cosas y todas las cosas en el Ser.»

(*La Voz del Silencio,* fragmento III.)

He aquí la diferencia esencial que separa la ciencia de hoy día de lo que será el saber de mañana—el de la 6.ª Raza Raiz. La primera, condicionada por Manas, proclama que el sentimiento no tiene nada que ver con su objeto ni con sus métodos. Por eso se detiene en la forma cuyos límites no puede traspasar para conseguir la vida, ya que la ciencia no posee la Palabra—el «Sésamo ábrete»—que hará un día caer las barreras con las que se tropieza al buscarla. Esta palabra es «Amor». La naturaleza no es accesible a la observación experimental, sino tan solo al Amor. No es por la dirección de los organismos, ni por la vivisección de los seres que se pueden sorprender los misterios de la vida, y el ilustre pedante que declaró no haber encontrado jamás el alma bajo su escalpelo, no hizo otra cosa—guardando todos los respetos a su memoria—que enriquecer de una formidable inepcia la antología de los errores doctorales.

No, no se llega a la vida por un camino sembrado de cadáveres; a la creación por la destrucción y la ruína. Ruína y destrucción, estas dos palabras resumen la obra nefasta de esta era de tinieblas : la era del Kaliyuga, el Ciclo Negro. Abrid los ojos y contemplad esta obra de la que los horrores sin cuento de los cataclismos guerreros son el lógico remate. En todas partes y cada vez con más porfía, vemos al hombre aplicarse con ansia en afear y en destruir; en todas partes y cada vez con más afán, le vemos convertirse en instrumento de la Muerte, *él, cuya misión es la de ser un mensajero de vida.* Sus aglomeraciones y sus industrias corrompen el aire, infectan el agua y obscurecen el sol. Allá lejos, en la Florida, en el Canadá y en otras partes, hectáreas de bosques vírgenes desaparecen cada día para suministrar pasta de papel a las ediciones de los grandes periódicos; aquí los tesoros acumulados en las profundidades del subsuelo para res-

guardar del frío su existencia, son tontamente malgastados, sin previsión alguna, para añadir nuevos eslabones a estas múltiples servidumbres que la civilización gusta de decorar con el nombre de Progreso. En todas partes, sobre la tierra, en el agua, en el aire, los animales ferozmente perseguidos ven que su mano sacrílega les arrebata la vida. ¡Ay! sus crímenes han tejido un velo de horror en torno del hombre y todos los animales huyen con espanto de este ser que con su alma encubre una llama cuya radiación debía de atraerles para que se refugiasen a su vera. Porque no es un mito la tradición de Orfeo; ni es una invención el poder del Yogi al que acuden los animales de la selva. Allí está oculta la verdad, y un día, se abrirá paso a la luz, cuando la sombra de la Redención se levantará para el hombre al negro cielo de su pasado criminal.

«Expiación», he aquí la palabra que en tal caso deberá deletrear, profiriendo en cada letra un grito de dolor, antes no haya reconquistado su sitio bajo el sol del Amor. De los ultrajes infligidos por él a la naturaleza, ninguno quedará impune. La Tierra sufre una tuberculosis de la cual el hombre es el bacilo, pero la naturaleza se venga y su cuerpo es presa de los agentes microbianos. Animo, doctores, multiplicad vuestras drogas y vuestros sueros, vuestros libros y vuestros congresos, donde en pomposas arengas exhibís la vacuidad de vuestras alucinaciones profesionales : entre tanto las burlonas carcajadas de la muerte escandirán los intérvalos. Como las cabezas de la hidra de Lerna, el mal pulula cuando le combatís. La lucha es sin esperanza, y continuará sin esperanza hasta el día en que el instinto vital, reaccionando por fin contra las aberraciones de una ciencia ciega, irá a pedir a la naturaleza el remedio que sólo ella puede dispensar contra los males de los que, hoy día, la humanidad se muere.

Estos males tienen su origen en el divorcio entre el hombre y la naturaleza. Ha creído que debía enfocar todos sus cuidados a defenderse de ella y ha sucedido que todos estos medios de protección se han vuelto contra sí mismo. Exagerándolos cada vez más, ha concluído por atrofiar el poder de las reacciones vitales que constituyen su salvaguarda natural. Deberá abatir las barreras que levantó, renunciar a las condiciones artificiales que hacen de su existencia un estado de equilibrio inestable a merced de los menores accidentes, para encontrar en la adaptación expontánea lo que la protección le rehusa. Ya se ha dado el primer paso : algunos precursores reconocen el sendero que la humanidad deberá seguir : el camino del retorno a la Naturaleza. Impulsado por el instinto de su conservación física, el hombre irá hacia ella, al principio por él, por egoismo; más tarde, será por ella, por amor.

«Y el porvenir, cada vez más, verá la reconciliación, el himeneo del hombre y de la naturaleza» (Juan Lahor).

Entonces, poco a poco, generación tras generación, se despertará la percepción todavía obscura que, abriendo su conciencia al Canto de la Vida, le revelará las Armonías de la Creación. Entonces el divino cántico presentido por Francisco de Asís, el Orfeo de una edad de tinieblas, resonará sobre la tierra :

¡Alabado seas tú, Señor, junto con tus criaturas!

Ante todo y sobre todo, Monseñor el Sol, nuestro hermano, que nos da el día y en quien tú brillas.

Es hermoso radiando con magnífico esplendor.

Es tu símbolo, ¡oh, Altísimo!

¡Alabado seas tú, Señor, por la luna, nuestra hermana, alabado por las estrellas que pusiste allá en los cielos, claras, discretas y bellas!

¡Alabado seas tú, Señor, por el aire, nuestro hermano, por el viento y por las nubes, por el cielo despejado y por los cambios de los tiempos, por quienes das de subsistir a las criaturas!

¡Alabado seas tú, Señor, por el fuego, nuestro hermano, por quien llenas de luces a las sombras y a quien hiciste alegre, hermoso, atrevido y fuerte!

¡Alabado seas tú, Señor, por el agua, nuestra hermana, por el agua tan servicial, humilde, discreta y casta!

¡Alabado seas tú, Señor, por la tierra, nuestra madre, que nos sostiene y nos nutre, que nos da sus frutos y que pone florecillas de color en la verdura de los prados!

Y el amor abrirá las puertas del Conocimiento. Lo que en el animal es instinto, renacerá como saber en el hombre. El ritmo de cada elemento, de cada criatura encontrará eco en su alma, y ésta, respondiendo, se pondrá con ellos en íntimo acorde para cantar a su unísono, lo que hará brotar en el hombre el poder de cooperar con la Naturaleza.

Ya que el Canto de la Vida, es el Verbo Creador, y cuando éste brote del corazón de los hombres, se cumplirá la Misión Creadora de la Humanidad.

(Traducción de J. de V.)

Es preciso que el amor substituya al egoísmo, pues nunca se ha construido nada sobre el rencor y el odio.

FRANCESC MACIÁ

De la Sabiduría procede la Belleza, pues lo que es sabio es bueno, y lo que es bueno es bello.

FRANZ HARMANN



¿Existe una cuarta dimensión?

por Herbert Radcliffe

El profesor Einstein, en sus conceptos matemáticos de las leyes cósmicas, se refiere al tiempo como otra «dimensión», y esta afirmación suya ha llevado a algunos a especular si la materia física tendrá quizá más dimensiones que las tres que habitualmente le asignamos. Y esto ha ocurrido, porque hay ciertos fenómenos que resultan difíciles de explicar a base de las características de la materia que actualmente conocemos.

Hay, por ejemplo, lo que se conoce por «materialización», fenómeno que con frecuencia ocurre en las sesiones espiritistas. Con todas las puertas y ventanas cerradas, y bajo condiciones que no dejan lugar a dudas, súbitamente aparecen objetos en una habitación, traídos según parece del exterior y pasados *a través* de sólidas paredes. Flores, figuras complicadas e incluso seres humanos, han sido así transportados desde distantes lugares y «milagrosamente» pasados a través de las paredes con objeto de aparecer durante la sesión. Del mismo modo han desaparecido del lugar de la reunión y reaparecido en otra parte bajo condiciones que hacían del todo imposible una explicación corriente. La literatura sobre estos fenómenos es más que abundante y por demás sugestiva.

Zöllner, en su *Física Transcendental,* enumera fenómenos similares que no pueden ser explicados con las leyes de la materia conocidas. William T. Stead dió felizmente curso a la expresión «a través» para definir una característica de la materia que creía podría aplicarse a aquellos casos.

Científicos de gran renombre como Sir Oliver Lodge, han creído durante mucho tiempo en la existencia del éter, estado muy sutil de la materia, invisible al ojo, que interpenetra los átomos de los objetos sólidos. Mientras que la realidad del éter no puede ser demostrada, aquellos científicos declaran que debe ser el medio de que se valen la luz y otras fuerzas naturales para propagarse.

La Teosofía corrabora esta suposición y la amplifica. No sólo existe el éter, mas aún partículas de mayor finura que a su vez interpenetran el éter. La materia astral es más sutil que el éter y constituye el plano astral en que moran los llamados «muertos»;

la materia mental interpenetra los mundos astral, etérico y físico y constituye el plano mental, en el que también se desarrollan interesantes actividades. Existen todavía átomos más sutiles, pero los ya mencionados ilustran los conceptos teosóficos y justifican la explicación que ellos dan de los fenómenos espiritistas, o sea, que los átomos de un cuerpo sólido pueden ser temporalmente separados entre sí o desintegrados para ser transportados a través de las corrientes del invisible mundo etérico, para luego volver a ser juntados en un local lejano. Esta es ciertamente una cualidad de la materia hasta hoy desconocida, más ¿es por ésto una dimensión?

He oído teósofos preguntar si el plano astral es la «cuarta dimensión», el plano mental la «quinta» y etc. Contestaremos a esta general curiosidad con las palabras de Madame Blavatsky; pero, antes, permítasenos todavía considerar la cuarta dimensión desde otro punto de vista.

Hace muchos años publicóse un libro titulado *Flatland* (1) en extremo interesante y divertido. En él se describía un estado de existencia en el cual las criaturas tenían sólo dos dimensiones: longitud y anchura. Nada sabían de la altura porque su vida transcurría sobre la lisa superficie de dos dimensiones.

Más tarde, C. H. Hinton escribió un libro titulado *Novelas Científicas*. Hace cerca de treinta años que no he visto dicho libro, pero recuerdo que también hacía referencia a las experiencias de los seres de un mundo de dos dimensiones. Adaptar al de aquellos seres nuestro punto de vista, requería cierta gimnasia mental, pero así y todo resultaba por demás interesante. Por ejemplo, aquellas criaturas no tenían techos en sus casas todavez que desconocían la tercera dimensión de las cosas y no podían mirar hacia arriba. Si llovía, ignoraban la dirección de donde el agua provenía y sólo eran conscientes de las gotas de agua, cuando las veían sobre la lisa superficie del suelo.

Así, los seres de triple dimensión como nosotros, al observar sus casas notaríamos que no estaban guarecidas por la techumbre y que, por lo tanto, su existencia, sus ideas y sus conceptos, serían ridículamente incompletos. Para nosotros que vivimos en tres dimensiones, resultaría fácil comprender las limitaciones de aquellos seres que solamente tendrían dos.

Mr. Hinton, que fué un matemático práctico, fué todavía más lejos. Creía en la existencia de una cuarta dimensión, pero creía en ella como una realidad matemática, subjetiva, antes que como una realidad tangible y objetiva parecida al concepto teosófico del

(1) Tierrallana.

plano astral con sus invisibles entidades, etc. Y su cuarta dimensión tenía ciertos visos de verosimilitud.

El lector perdonará, seguramente, que emplee cierta vaguedad de lenguaje al tratar de las hipótesis de Mr. Hinton, pues por ser en extremo abstractas y difíciles, requerirían un detenido estudio para llegar a comprenderlas.

La esencia de su idea, era que del mismo modo que un ser de dos dimensiones parecía limitado y extraño visto desde el punto de vista de las tres dimensiones, también una criatura de este último tipo, la persona normal, resultaría limitada y rara desde el punto de vista de un ser que tuviera cuatro.

Mr. Hinton había llegado a esta conclusión después de muchos años de estudio y trabajo y no sentía por ello el más ligero sentimiento de vanidad, pues, a su juicio, cualquier persona que se lo propusiera podía llegar al mismo resultado.

Afirmaba Mr. Hinton que del mismo modo que se obtenía el «pensamiento» de la cuarta dimensión, podía también llegarse a «sentirla». Era necesario para ello el empleo de algo objetivo, del mismo modo que no basta el mero conocimiento de las notas en el estudio de la música, sino que es preciso, además, que los dedos se practiquen en el uso del instrumento.

Para llegar a proyectar de esta manera la cuarta dimensión en la conciencia activa, Mr. Hinton construía pequeños cubos de papel y usaba varios colores sobre sus diferentes caras. Luego imaginó ciertos movimientos, basado en la suposición de que aunque los cubos normalmente parecían nada más que de triple dimensión, eran sólo *parte,* la parte *visible,* de una figura que poseía cuatro, figura que tenía su existencia en la *invisible* cuarta dimensión que nosotros, vulgares seres tridimensionales, desconocemos en absoluto.

Añadía, además, que sus largos años de meditación sobre este tema le habían convencido no solamente de la realidad de este abstracto estado de cuadruple dimensión, sino que por añadidura le habían proporcionado una más amplia y profunda comprensión de las leyes, fenómenos y condiciones de existencia de este mundo tridimensional.

Cuando C. W. Leadbeater estuvo en América hace muchos años, manifestó conocer cierto número de personas que gracias a la lectura del libro de Mr. Hinton habían desarrollado la visión cuadrimensional (clarividencia) y adquirido las primeras experiencias del plano astral y sus características. Sea como fuere, por lo que parece, fueron demasiado modestos al no relatar sus experiencias en forma de libro, aunque es posible que lo hiciesen y yo lo ignore. Puedo sin embargo atestiguar que un estudio de los

libros de Mr. Hinton conduce, luego de ligeros dolores de cabeza, si se persevera en ello, a la creación de nuevos canales en la materia gris del cerebro que permiten tener una mejor y más amplia visión de las cosas.

El sentido que el Dr. Einstein da a la palabra «dimensión», no obstante, no es el mismo que el de Mr. Hinton, ni el de William T. Stead, ni se refiere su concepción al plano astral de los teósofos. El Dr. Charles E. St. John, de California, dió recientemente una conferencia que puso en claro todo ésto. El profesor Einstein, que se hallaba presente, declaró que: «Podía afirmar sin vacilación que era aquélla la mejor conferencia que había oído sobre aquel tema». He aquí lo que dijo el Dr. St. John :

«En la temprana historia de la relatividad, los escritores aficionados daban la impresión de que había cuatro dimensiones del espacio. En la teoría de Einstein hay sólo tres dimensiones del espacio y una del tiempo.»

«Por ejemplo : Yo sostengo mi cuchillo y deseo describir este acontecimiento. Fijar la posición del cuchillo requiere tres dimensiones del espacio, o sea : a tantos piés del suelo y a tantos otros de las paredes de esta habitación. Para una completa descripción de este acontecimiento sin importancia, es tan importante conocer cuándo, como dónde ocurrió, por lo cual debo recurrir a mi reloj. *Cuando* el cuchillo se halla en cierta posición en el espacio, puede decirse que se señala, si queréis, la cuarta dimensión. Tan simple como pueda parecer esta dimensión del tiempo en el espacio, es una parte muy importante de la teoría de Einstein y es conocida por el nombre de «continuidad cuadrimensional.»

«Al tratar del universo físico, la teoría de Einstein se convierte en un nuevo instrumento para la investigación científica y con él los hombres de ciencia pueden aprender mucho sobre el complejo y en apariencia no fantástico mundo en que vivimos.»

¿Qué dicen los autores teosóficos referente a las dimensiones de la materia?

En 1884, el Maestro K. H. al escribir al Sr. Sinnett le decía contestando una de sus preguntas :

«Es difícil percibir qué relaciones quiere Vd. establecer entre los diferentes estados de subjetividad en el *Deva Chan* (el mundo celeste) y los varios estados de la materia. Si se supone que en el *Deva Chan* el Ego atraviesa por todos esos estados de la materia, entonces la contestación será que la existencia en el séptimo estado de la materia es el *Nirvana* y no la conciencia *Deva Chánica*. La humanidad, aunque en diferentes etapas de desarrollo, perte-

nece todavía a la condición tridimensional de la materia. Y no hay razón alguna para que en el *Deva Chan* tuviera el Ego que estar modificando sus «dimensiones.»

La Sra. Blavatsky decía en su *Doctrina Secreta*: «El proceso de natural desenvolvimiento que estamos considerando ahora, elucidará y desacreditará por de pronto la costumbre de especular sobre los atributos de las *dos, tres* y *cuatro* o más dimensiones del espacio; pero, al mismo tiempo, es conveniente que señalemos el real significado de la verdadera pero incompleta intuición que ha difundido entre espiritualistas y teósofos, a la par que entre varios grandes hombres de ciencia, el uso de la moderna expresión, la «cuarta dimensión del espacio». Ante todo es preciso señalar la superficial absurdidad de suponer que el espacio en sí sea mensurable en cualquier dirección. La frase que se ha vulgarizado sólo puede ser una abreviación de una forma más completa: la «cuarta dimensión de la materia, en el Espacio». Pero, aún así expresada, sigue siendo una frase poco feliz, pues mientras es perfectamente cierto que el progreso de la evolución puede ser destinado a introducirnos en nuevas características de la materia, aquellas con las cuales ya somos familiares son más que las tres dimensiones. Las cualidades, o el término que quizá puede ser más adecuado, las características de la materia, deben siempre claramente mantener una relación directa con los sentidos del hombre. La materia tiene extensión, color, movimiento (movimiento molecular) gusto y olor, correspondiendo a los sentidos que posee el hombre, y la próxima característica que éste desarrolle — permítasenos llamarla momentáneamente «Permeabilidad» — corresponderá a un nuevo sentido suyo que distinguiremos con el nombre de «Clarividencia normal». Así, cuando algunos osados pensadores han buscado una cuarta dimensión para explicar el paso de la materia a través de la materia y la producción de continuos enlaces sobre una cuerda sin fin, han necesitado hallar una sexta *característica* de la materia. Las tres dimensiones pertenecen realmente a un atributo o característica única de la materia: la extensión, y el sentido común popular se rebela justamente contra la idea de que, bajo ciertas condiciones de las cosas, puedan haber más dimensiones que las conocidas de anchura, altura y longitud. Estos términos, así como el de *dimensión*, pertenecen a un mismo plano de pensamiento, a un estado de evolución, a una característica de la materia.»

Es posible que para muchos este párrafo aclare completamente el tema de las «dimensiones». Como se ha visto por las manifestaciones del Dr. St. John, el profesor Einstein usa el tiempo, no como una característica de la materia en el sentido de que las tres

dimensiones sean características suyas, sino como un factor en el arte de medir y comprender las fuerzas y fenómenos naturales.

Parece como si la intensa concentración mental del profesor Einstein sobre estos formidables problemas cósmicos le hayan permitido desenvolver una especie de «clarividencia» mental — quizás «clarisapiencia» es mejor expresión — que permite que su intuición penetre más en el profundo noumenal del universo creador que no otros físicos de esta misma era.

Cuando uno de los más antiguos miembros de la S. T. fué preguntado sobre quien sería Einstein en su vida anterior, contestó que Newton. Esta respuesta es tanto más interesante por cuanto los mismos científicos confiesan que Einstein está continuando el trabajo que Newton tuvo que dejar.

Los que no conocen la Teosofía y que quizás la consideran como una especie de religión, acaso se sorprendan con la lectura de las notas que anteceden al darse cuenta de que las enseñanzas teosóficas son un profundo compendio de conocimientos sobre *todas* las grandes leyes, fuerzas y procesos que se desarrollan en la naturaleza y en el hombre. La *Doctrina Secreta*, por ejemplo, contiene informes que iluminan sobre los principales problemas que hoy día ocupan la atención de los científicos *en todos los departamentos* del humano saber. Muchas afirmaciones hechas en dicha obra hace mas de cuarenta años han sido ya verificadas por la ciencia y podemos atrevernos a decir que muchas otras lo serán también a medida que el tiempo pase.

(Trad. de *World Theosophy*, por E. Fusalba)

Δ

ASTROLOGÍA

II

(Continuación).

La Astrología, verdadera ciencia de la vida, da a conocer todas las manifestaciones de la existencia; nos remonta a las causas, por el conocimiento de los efectos; ilumina nuestro espíritu y explica satisfactoriamente todos los problemas que preocupan a la humanidad, demostrando que nada es debido al azar, sino que leyes perfectas rigen el destino de toda vida.

Todas las ciencias y todas las artes tienen su lenguaje propio. Así como es preciso aprender los números para llegar a matemá-

tico y las notas musicales para cultivar la música, también el estudiante de Astrología, necesita conocer los símbolos que forman la expresión particular de tan alta ciencia.

Desde la más remota antigüedad se transmitieron los conocimientos astrológicos, no por definiciones, (ya que definir es limitar) *sino por signos, que al simbolizar profundas verdades*, dejaban amplio campo a la mente y al corazón del que ansiaba conocer las leyes de la naturaleza.

EL ZODÍACO

La palabra Zodíaco, de origen griego, significa la vida, ya que sus doce signos recorridos sucesivamente cada año por el Sol, producen las estaciones y la vida de todos los seres en nuestro planeta, según la influencia especial de cada uno de estos signos.

Es el Zodíaco, el cinturón vital que abraza el cosmos; y en su seno, entre multitud de astros, se albergan nuestro Sol, la Tierra y los demás planetas que forman nuestro sistema solar.

Esta zona del cielo, de 18 grados, se considera dividida por doce grandes círculos perpendiculares a la eclíptica, línea imaginaria que atravesando el Zodíaco en toda su extensión, es seguida exactamente por el astro rey, en su carrera, durante los doce meses del año.

El círculo del Zodíaco, está en declinación con el Ecuador, hacia el norte o hacia el sur, a 23 grados 30 minutos, que es también la mayor declinación del Sol; y cada una de las doce partes iguales, llamadas signos, en qué se considera dividido, contiene cierto número de bellísimas y brillantes estrellas, que ejercen influjo en los destinos de la humanidad.

Si el Sol sigue la Eclíptica por ser su camino habitual, no así los planetas, que unas veces están a la derecha y otras a la izquierda, lo que da lugar a la latitud norte o sur.

Cada uno de los signos se considera dividido en 30 grados y su orden es el siguiente: Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis.

Los puntos cero grados de Aries y cero grados de Libra, son los equinoccios de primavera y otoño, y los puntos, cero grados de Cáncer y cero grados de Capricornio, son los solsticios de verano e invierno.

Cuando el Sol entra en Aries, del 21 al 22 de Marzo, se llama punto vernal y una explosión de vida se observa por doquier; la naturaleza, aparentemente dormida hasta entonces, despierta y se viste con sus mejores galas; sonrientes, las plantas ofrecen sus

flores en homenaje a la primavera, que con su llegada, llena de alegría el corazón de todos los seres.

La esfera celeste está dividida por el horizonte en dos hemisferios, norte y sur, y por el meridiano en dos mitades, una oriental o ascendente y otra occidental o descendente.

Cada una de estas cuatro partes se subdivide en tres, obteniendo así doce divisiones a las cuales los astrólogos han dado el nombre de casas del horóscopo, en las que se analizan todos los asuntos relacionados con la vida del hombre. En ellas se estudia lo que se llama prosperidad y desgracia, en el pobre lenguaje humano. Mas tarde, al avanzar en el camino de la evolución comprenderemos que la suerte y la adversidad, no son más que accidentes del largo camino que hemos de recorrer, sembrado de rosas y abrojos, pero que en definitiva, nos ha de conducir a la liberación.

Los doce signos del Zodíaco, están distribuídos en las cúspides de las casas, según la hora y la latitud del lugar donde ha nacido la persona a la cual se ha de erigir el horóscopo.

En el mapa astrológico se consideran los cuatro puntos cardinales: este o parte oriental, en la izquierda; norte o bajo cielo, en la parte inferior; oeste u occidente, en la parte derecha y sur o medio cielo, en la parte superior.

En el mapa de una nación o de una parte del mundo, el norte se considera arriba y el sur abajo, por ser la situación fija; mientras que en la carta celeste, ascendiendo los astros desde oriente, llegan a su apogeo en el medio cielo, antes de iniciar su descenso hacia occidente.

El punto de partida, para estudiar un horóscopo, es el signo situado en la cúspide de la primera casa, llamado Ascendente, el cual, sella al nativo con caracteres indelebles en su aspecto físico, y en su parte psíquica y espiritual.

Los antiguos astrólogos lo simbolizaban con la Esfinge, animal mítico, dando a entender con ella el enigma que encierra toda vida al nacer.

De sus labios brotaba un manantial, indicando que la existencia tiene que seguir el curso de su destino, como se desliza la cristalina agua de un arroyo, siguiendo su cauce por la superficie de la tierra. Daban tanta importancia al signo del Ascendente, porque al conocer el carácter del nativo, se podía deducir cual sería su destino, estando así de acuerdo con la gran maestra H. P. Blavatski que dice: «Siembra una acción y recogerás una costumbre; siembra una costumbre y recogerás un carácter; siembra un carácter y recogerás un destino».

Los signos zodiacales se dividen en septentrionales y meridio-

nales; Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo y Virgo pertenecen a la parte septentrional; Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis a la meridional.

En relación con los cuatro elementos se agrupan los signos en cuatro triplicidades:

Fuego	Aire	Tierra	Agua
Aries	Géminis	Tauro	Cáncer
Leo	Libra	Virgo	Escorpio
Sagitario	Acuario	Capricornio	Piscis

También por sus cualidades forman tres grupos llamados cuadruplicidades:

Cardinales	Fijos	Variables
Aries	Tauro	Géminis
Cáncer	Leo	Virgo
Libra	Escorpio	Sagitario
Capricornio	Acuario	Piscis

Los signos de fuego representan energía, fuerza y vitalidad, gobernando las más altas emociones y los más elevados sentimientos. Tienen una marcada tendencia a la expansión y tratan de refinar la naturaleza pasional quemando todas las impurezas. Manifiestan con fuerza la actividad, y la dirección de la energía, depende de la voluntad individual, la cual se conocerá por las indicaciones de los planetas.

La triplicidad de aire se refiere con especialidad a la mente, representando la parte intelectual, racional y artística de la naturaleza humana.

Los signos de tierra inclinan a lo práctico y utilitario, sobre todo en los individuos poco evolucionados. Enfocan sus energías en los negocios, en la política, en lo que rinde provecho material.

Los nativos de la triplicidad de agua son receptivos y los que están poco adelantados en su progreso espiritual, tienen necesidad de la sensación, estando encadenados a su personalidad; pero en los más avanzados, los sentimientos son refinados, tienen intuición y la naturaleza psíquica es más activa.

Los signos cardinales expresan idealidad, inteligencia, ambición; son las personas que sirven para dirigir, para mandar; la palabra cardinal ya lo indica, pues viene de cardo, que significa cabeza.

Lo signos fijos expresan voluntad, propósito, fijeza, perseverancia y los signos variables significan efectos mixtos, templados, flexibles.

Las relaciones planetarias establecen las diferencias en los distintos horóscopos.

Hay que tener mucho cuidado, al juzgar, en aplicar literalmente a los nativos las cualidades indicadas; pues, aunque den una tendencia general, no se pueden definir de una manera absoluta, mientras no se conozcan todas las configuraciones de la carta astrológica, además del signo especial del nativo.

Se atribuye a los signos del Zodíaco una influencia particular sobre las diferentes partes del cuerpo humano :

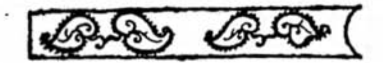
Aries	gobierna	la cabeza y cara.
Tauro	»	el cuello y cerebelo.
Géminis	»	los hombros, los brazos y pulmones.
Cáncer	»	el estómago.
Leo	»	el corazón y la columna vertebral.
Virgo	»	el vientre y los intestinos.
Libra	»	los riñones.
Escorpio	»	los órganos genitales y el recto.
Sagitario	»	las caderas, los muslos y las arterias.
Capricornio	»	las rodillas y la piel.
Acuario	»	las pantorrillas y tobillos.
Piscis	»	los pies.

El niño nace a la vida física en el momento que verifica su primera inspiración, acompañada del vagido que anuncia su entrada en este mundo de dolores y amarguras. En ese instante, queda impresa en su ser la influencia de los astros, según la posición que ocupaban en el cielo. Recibe el bautismo de fuego, que le sellará en su aspecto físico, psíquico y espiritual.

Si nuestro nacimiento en la tierra va acompañado de lágrimas, procuremos emplear tan bien la vida, que al morir, sea una sonrisa la despedida al planeta donde aprendimos las experiencias que nos llevarán a la liberación.

María Alonso

(Continuará).

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Eduardo Schuré : **Zoroastro**
Buda
Jesús y los Esenios

Biblioteca Orientalista - Barcelona.

Eduardo Schuré, el autor insigne de «Los Grandes Iniciados». dejó incompleta, al morir, otra obra tanto o más interesante que la citada, y que se hubiera titulado «La Evolución Divina». La Biblioteca Orientalista, con su acierto acostumbrado, ha creído conveniente presentar tres capítulos de «La Evolución Divina» como complemento de las poéticas biografías que integran el libro «Los Grandes Iniciados». En efecto : ¿puede considerarse completa una historia de los grandes fundadores de religiones si faltan en ella las imponentes figuras de Zoroastro, el Buda y el Cristo? Pues a llenar tal vacío vienen estos tres nuevos volúmenes con que la Biblioteca Orientalista ha enriquecido su ya tan completo catálogo.

En Zoroastro, Schuré hace revivir las épicas escenas de los orígenes del pueblo persa, y traza, entre intuiciones de poeta y documentaciones de historiador, la humanisima vida de Zaratustra quien, en sublime alquimia espiritual, transmuta lo que fué un imposible amor terrenal en divino amor a su raza. Y al final de su vida se realiza en él la profecía del Zend-Avesta sobre el destino de los justos según la cual cuando después de la muerte ascienden estos a Ormuz, encuentran en su camino un ángel bellísimo que les dice : «—Reconóceme, soy tu obra, tu verdadero yo, tu propia alma esculpida por tí mismo»—. Así, el profeta halla al morir en la visión luminosa de la bella Arduizur, su puro amor primero, la esencia del alma de la raza blanca creada por él mismo a través de sus propios sacrificios y desvelos.

Sigue en el orden cronológico la vida de Gautama el Buda, otra etapa de la gradual aproximación entre Dios—el Verbo Solar—y el Hombre. Estudiar esta conjunción entre el Espíritu y la Carne es precisamente el objetivo que persigue Schuré, quien sostiene que cada uno de los Grandes Iniciados de la antigüedad alcanza sobre el anterior una mayor altura espiritual, realizándose así *por* Ellos y *en* Ellos el magno misterio de la Evolución Divina. En Zoroastro considera al creador del alma; en Buda al dominador de

la misma. Este dominio llevó al Buda hasta las mismas fronteras de la pura personalidad, el Paranirvana, pero no llegó a traspasarlas y su iniciación se detuvo—dice el autor—en la *Muerte mística*, el Nirvana, sin llegar a la *Resurrección*, hecho glorioso reservado al Cristo. «El Nirvana, que se ha interpretado como el estado divino por excelencia, no es más que el umbral. Buda no logró transponerlo. Lo que el budismo llama la extinción o el fin de la ilusión, no es más que un estado psíquico intermedio, la fase neutra, atónica y amorfa que preceda al brotamiento de la verdad suprema.»

Finalmente, en el Cristo, Schuré ve el Iniciado perfecto, y en los acontecimientos culminantes de su vida, los hechos de las sucesivas iniciaciones de los Misterios Mayores que, si bien en muchas escuelas esotéricas fueron, y son todavía, un mero símbolo, en el Cristo tuvieron vívida realidad, tanto en su vida externa, como en el místico desarrollo de sus facultades espirituales. En la descripción del bautismo de Jesús, especialmente, el autor demuestra sus vastos conocimientos en ocultismo, al propio tiempo que hace alarde de toda su imaginación artística.

En resumen, las tres obras forman un conjunto altamente interesante a todos. A los principiantes en los estudios teosóficos porque verán a su través las vidas ejemplares de los protagonistas, humanas y tan bellas a la vez, grandezas que inevitablemente han de despertar deseos de emulación por los cuales entrarán en el camino de realizaciones que serán el asombro de los mismos estudiantes. Y a los ya versados en ocultimo, a los que han aprendido a prescindir de la forma para leer entre líneas, porque despertará en ellos intuiciones que pueden explicarles el misterio que encierra la sucesiva aparición de estos Seres extraordinariamente super-humanos, casi divinos que, en las negruras en que vive sumida la humanidad, son vivísimos destellos que alumbran momentáneamente los trágicos itinerarios de su evolución.

La versión española de las tres obras a que venimos refiriéndonos se debe a la agilísima pluma de nuestra admirada hermana Srta. Pepita Maynadé quien ha hecho gala en esta traducción de poseer un depurado estilo literario. Y seguramente ha contribuído al éxito de su empresa la íntima afinidad de caracter entre el autor y la traductora ya que el temperamento poético, la devoción ocultista y el sentimiento pagano son comunes a Schuré y a Pepita Maynadé.

J. DE V.



NOTICIAS Y COMENTARIOS

Exposición de Arte Ocultista.—En el periódico ilustrado «Ahora» de Madrid, aparece la fotografía del célebre pintor alemán A. Machner, junto a una de sus creaciones. Dice «Ahora» : «En Berlín se está celebrando una extravagante Exposición de Arte Ocultista, en la que destacan las obras, realmente impresionantes, del pintor A. Machner, el cual, hallándose hipnotizado y con los ojos vendados, pinta maravillosos paisajes espirituales.»

La facultad de ver y describir paisajes espirituales es inherente al desarrollo de la clarividencia, cuyo poder latente en todo hombre es bien familiar para algunos teósofos.

La Ciencia uniendo Oriente y Occidente.—Demasiado tiempo ha permanecido la humanidad en un estado material. Desde hace algún tiempo que se apresura a adquirir brillantes y predestinadas posibilidades. Uno queda sorprendido al recordar que el fonógrafo de Edisson fué denunciado en 1878 en la Academia Francesa como un engaño de charlatán. Podemos todavía recordar que el primer motor fué declarado que no era práctico; que la luz eléctrica era considerada peligrosa para la vista y el teléfono perjudicial al oído.

Con semejantes dificultades, el género humano se ha acostumbrado a nuevas concepciones. El prejuicio ha permitido la fundación de la Sociedad. Y ¿no es interesante acaso poder descubrir ahora las antiguas concepciones del Asia dentro los modernos puntos de vista de la ciencia?

Los rayos de Millikan, la relatividad de Einstein, la música del éter de Teremin, todo esto aceptado por el Occidente en su más positiva dirección, las antiguas tradiciones Védicas y Buddhistas lo confirman. Así, el Este y el Oeste se juntan. (De «Theosophical Messenger»).

El "pecado".—En hebreo la palabra «schin» (pecado) tiene el significado de «incompleto-no acabado». El feto que nace faltándole tres meses del año solar dentro del seno de la madre, se «concibe y nace en pecado» (incompleto). El puente a través de este intérvalo—el terno restante—debe ser construído conscientemente

en la vida física a través del autoesfuerzo, como pólito sobre pólito el loto crece invisiblemente emergiendo finalmente del agua hacia el aire.

En el desenvolvimiento del hombre, en su peregrinaje hacia la perfección, esta intrincada porción progresiva, es una recapitulación reactiva, un tiempo de preparación para la próxima más elevada expresión del Ser, más allá de la periferia humana. Sobre el puente del autoesfuerzo, construído de la esencia misma de despegos, renuncias y sacrificios sin fin, el discípulo va cruzando el vacío del pecado o separación, hasta que la fusión del espíritu y la materia es efectuada y la última barrera de separación es consumada sobre el plano humano de expresión. Entonces el hombre se convierte en la conciencia unificada dentro del círculo envuelto y el «pecar» dentro de este campo de conciencia deja de existir. (De «The Beacon»).

Centenario H. S. Olcott para 1932.—El editor del «World Theosophy» de California inserta la noticia siguiente en el número de septiembre :

«Desde hace algunos meses que viene pensándose en la posibilidad de celebrar en el próximo año el centenario del Coronel Henry Steel Olcott. Nació el 2 de agosto de 1832. Nuestros corazones se han dedicado con tanto amor y gratitud a H. P. Blavatsky en este año de su centenario que no hemos de encontrar dificultad en el año venidero para hacer lo mismo con su consagrado colaborador el Coronel Olcott. Aún en este mismo año no nos ha sido posible separar el amor y gratitud que hemos sentido por H. P. B. del que sentimos por él.

»En la Convención de la Sección Americana que se ha celebrado recientemente en Chicago, fué presentada la proposición de que la celebración del Centenario fuese observada por todas las Ramas y que la Convención del año siguiente fuese llamada Convención Centenario del Coronel Olcott. La propuesta fué aprobada por unanimidad.»

La celebración de este Centenario ofrecerá nuevamente la oportunidad de unir en un propósito común a todos los teósosos de las distintas Sociedades existentes actualmente en el mundo, cuya operación ha sido empezada ya con éxito en la próxima pasada conmemornción de H. P. B.

La Universidad Teosófica Mundial.—En el Congreso Europeo de la S. T. que se celebró en Londres el mes de junio pasado, el

profesor Marcault explicó que el objeto de la Universidad Teosófica Mundial, era el de ser un laboratorio a través del cual la teosofía pueda ser proyectada sobre el mundo fenomenal, y en el que se pueda impulsar la luz del plano de la conciencia para iluminar el fenómeno en aquella parte del mundo que no haya sido descubierto o iluminado todavía. Hay fenómenos en el mundo externo, que en su verdadero ritmo demuestran la universalidad de la vida, y éstos han de ser traídos a la luz de la conciencia de la nueva Raza, de suerte que teniendo estos hechos y viendo sus verdades quede demostrada la asunción de que la teosofía es la obra verdad.

Formar líderes es la aplicación de la ciencia sólo en su lado teórico. Educar líderes es la aplicación de la ciencia en el lado práctico, sea sobre plantas, niños u hombres. Por lo tanto, es la aplicación de la sabiduría o ciencia del crecimiento lo que interesa. Si hemos de tener líderes en el desarrollo espiritual del género humano, sólo podrán ser educados en una institución donde la ciencia de la evolución espiritual sea una ciencia real. Será necesario mucho tiempo antes que esto se consiga, pero al fin será realizado. (De «World Theosophy»).

Liga de Jóvenes Teósofos.—En la reciente Convención de la Sección Americana de la S. T. un grupo compuesto de jóvenes teósofos de las Logias de Chicago y sus alrededores, organizó una sección denominada Liga de Jóvenes Teósofos.

El objeto y finalidad de la nueva organización ha sido expuesto por sus dirigentes como sigue:

«Tratar de introducir las enseñanzas de la Teosofía en la generación más joven y prepararlos para un activo servicio en el mundo.»

La organización ha sido formada con el objeto de atraer y juntar a la juventud teosófica en algún centro de la localidad donde puedan instruirse y educarse en las enseñanzas teosóficas y ser preparados para un servicio posterior.

Los líderes teosóficos de la sección han visto con simpatía esta nueva organización y prometido toda clase de ayuda y colaboración. (Del «Thesophical Messenger»).

Ahora que los idearios han sido más definidos, deslindados los diferentes campos de actividad y el movimiento teosófico reacciona despegada y firmemente hacia su misión, creemos que sería hora de pensar en la organización de nuestra juventud. La juventud generalmente se alecciona sóla, y más en los tiempos actuales, pero una organización que los uniera a todos, deparase la oportunidad de educarse en el seno de la Teosofía y combinara alegre-

mente el recreo y la instrucción con el servicio, creemos que habría de ser altamente beneficioso tanto para ellos mismos como para la Sección.

La Orden Teosófica de Servicio, por ejemplo, llenaría plenamente esta aspiración y la actual Liga Internacional de Correspondencia podría ayudar grandemente para su implantación.

Un acto simpático.—La revista «Acción Femenina» de Buenos Aires, publica bajo el título «Attilio Bruschetti, trabajador infatigable», unas líneas dedicadas a la obra genial de nuestro apreciable y distinguido hermano. Dice así:

«En varias ocasiones nos hemos ocupado de la obra estimulante y espiritual que realiza el señor Attilio Bruschetti. Presentamos hoy a nuestros lectores su nuevo e interesante opúsculo intitulado «Idealismo práctico». En este librito se esbozan indicaciones para entablar un nexo armónico entre la vida ideal y la vida diaria. El autor dedica su trabajo a los jóvenes de la Asociación de Idealistas Prácticos de Barcelona, pero nosotros aconsejamos su lectura a todas la personas, convencidos de la necesidad de divulgar en nuestras fuerzas la siembra de los buenos ideales. Dígalo sino el lector, después de leer el siguiente pensamiento:

»*En las cosas ínfimas de la vida, debemos buscar nuestra purificación, nuestra perfección. Un comportamiento cortés a cada momento, el estar dispuesto siempre al servicio, el buscar la pulcritud, el orden en todo y otras mil cosas humildes que hacen conseguir el dominio de sí mismo, y de las cuales no hacemos caso, serán las más importantes para abrirnos el camino de la luz*».

»Además de esta obra el señor Bruschetti es autor de las siguientes: «Ciencia Práctica de la Vida», «Angel Femenino», «Cuando seas madre», «Latidos del Corazón», «El Suspiro Eterno», «El despertar del alma» y «Alma diáfana».

»Por su parte, la «Federación Americana Vanguardia Teosófica» ha creído conveniente organizar para el dia 25 de octubre, a las 17.30 horas, un acto público con el objeto de divulgar su obra literaria. Un miembro de dicha Institución hablará sobre: «Las ideas de Attilio Bruschetti y la juventud latino-americana». Al finalizar el acto, la dirección de ACCIÓN FEMENINA distribuirá los ejemplares de «Idealismo Práctico», que ha recibido gentilmente del autor.»

Cuantos deseen recibir el folleto mencionado pueden dirigirse a la Asociación de Idealistas Prácticos, Provenza, 271, pral., 2.ª, Barcelona.

Impremta de Joan Sallent.—Sant Quirze, 32 i Jovellanos, 26, Sabadell

Teosofía y Sociedad Teosófica

La palabra *Teosofía* significa «Sabiduría divina». La Teosofía es a la vez una filosofía, una igión y una ciencia; pero, opuestamente a lo que muchos pueden creer, no es una religión eva: es, por decirlo así, la síntesis de todas las religiones, el cuerpo de verdades que consye el fondo de todas ellas.

La adhesión incondicional a la Verdad es su credo, y honrar toda verdad por los propios tos es su ritual.

Los miembros de la Sociedad Teosófica están ligados entre sí por sólidos lazos de mutuo speto y amplia tolerancia, a la vez que por una aspiración única: la investigación de la Verd, donde quiera que se halle.

Estudiar, inquirir, trabajar con ahinco para llegar a la intuición verdadera, esto es, a la rcepción clara y directa de la Verdad: he aquí el constante afán del teósofo. De ahí el lema optado por la Sociedad Teosófica: NO HAY RELIGIÓN SUPERIOR A LA VERDAD *(Satyât nâsti aro dharmah)*.

La Teosofía pone de manifiesto que, por la sencilla razón de que la Verdad no puede estar n pugna consigo misma, lejos de ser antagonista e incompatible la verdadera Ciencia con la erdadera Religión, reina entre una y otra la armonía más perfecta.

Ayudar a la investigación de la Verdad, aportar al mundo nuevas y sublimes enseñanzas, nfundir en la mente ideas de altruísmo, abnegación y espíritu de sacrificio, poner fin a fanáticas intolerancias y enconados antagonismos, a odios inveterados de raza, clase y nacionalidad que acibaran la existencia, cimentar la sociedad humana sobre una firme base de paz y amor fraternal, acelerar la evolución del hombre fomentando su progreso intelectual y moral, elevar la humanidad, mediante el desarrollo de sus facultades más nobles, hasta un grado de perfección muy superior al que ahora tiene, en una palabra, hacer del hombre un superhombre, un sér semidivino: estos son los fines para que fué fundada la Sociedad Teosófica en Nueva York, l día 17 de Noviembre de 1875, por la veneranda H. P. Blavatsky y el coronel H. S. Olcott, cuyo actual Presidente es Mrs. Annie Besant, residente en Adyar (Madrás), India inglesa, donde está el Centro principal de la Sociedad, cuyas Ramas se han ido extendiendo rápidamente por todo el orbe.

Objetos de la Sociedad Teosófica

1.° Formar un núcleo de Fraternidad universal de la Humanidad, sin distinción de raza reencia, sexo, casta o color.

2.° Fomentar el estudio comparativo de las religiones, literaturas y ciencias de los Arios de otros pueblos orientales.

3.° Investigar las leyes inexplicadas de la Naturaleza y los poderes psíquicos latentes en l hombre. (Sólo una parte de los miembros de la Sociedad se dedica a este objeto).

La adhesión al primero de estos objetos es indispensable requisito para cualquiera que desee ingresar en la Sociedad Teosófica.

A ninguno de los aspirantes se le pregunta acerca de sus opiniones religiosas ni políticas; pero en cambio se exige a todos, antes de su admisión, la formal promesa de respetar las creencias de los demás miembros.

Libertad de pensamiento

Como quiera que la Sociedad Teosófica se ha difundido ampliamente por todo el mundo civilizado y cuenta en su seno con miembros de todas las religiones que no renuncian a los dogmas peculiares de su respectiva fe, conviene tener muy presente que ninguna doctrina ni opinión, sea quien sea quien la enseñe o mantenga, liga en modo alguno a ningún miembro de la Sociedad, pues todos son libres de aceptarlas o rechazarlas. El único requisito exigido para formar parte de la Sociedad Teosófica es la aceptación de sus tres objetos. Ningún instructor ni tratadista, desde H. P. Blavatsky abajo, tiene autoridad para imponer sus enseñanzas u opiniones a los miembros. Todos los miembros tienen igual derecho para adherirse al instructor o a la escuela filosófica de su elección; pero no tiene derecho para forzar a otro a que abrace la misma opinión. A ningún miembro de la Sociedad Teosófica se le puede negar el derecho de voto y el de ser candidato a los cargos oficiales por causa de las opiniones que mantenga o de la escuela filosófica a que pertenezca, pues las opiniones y creencias no confieren privilegios ni infligen penas. Los miembros del Consejo General ruegan encarecidamente a todos los miembros de la Sociedad Teosófica que mantengan y defiendan estos fundamentales principios de la Sociedad, que obren de conformidad con ellos y sin temor alguno ejerzan su derecho de libertad de pensamiento y el de su consiguiente expresión, dentro de los límites de la cortesía y consideración a los demás.